

# MURALISMO DESBORDADO

Julietta Gil

# POLIANGULAR



Verónica Gerber Bicecci

Desde 2023, el Museo del Palacio de Bellas Artes ha impulsado *Muralismo desbordado*, un proyecto de activaciones de su colección permanente que propone releer críticamente los murales que resguarda este recinto desde perspectivas contemporáneas. Más que una celebración del pasado se trata de un ejercicio de desplazamiento: llevar el muralismo fuera de su marco histórico para proponer nuevas interpretaciones, interrogar sus relatos y abrirlo a otras miradas.

En su segundo volumen llevado a cabo en 2024, bajo el título *Poliangular*, se presentaron dos propuestas que expandieron el muralismo más allá de sus soportes tradicionales. Julieta Gil y Verónica Gerber Bicecci, desde lenguajes y metodologías distintas, se acercaron al legado muralista no como un conjunto cerrado de obras canónicas, sino como un terreno fértil para la especulación y resignificación.

*Transposiciones* de Julieta Gil, en colaboración con Pablo Martínez-Zárate, fue una experiencia de realidad aumentada que se desplegó dentro del museo a través de modelados y animaciones 3D. Desde una ficción especulativa, la artista revisó tres murales emblemáticos —de Roberto Montenegro, Diego Rivera y Manuel Rodríguez Lozano—, así como la propia arquitectura del Palacio para cuestionar las nociones de monumento, memoria y archivo. A través de dispositivos digitales, esta pieza propuso un recorrido invisible por los intersticios del edificio, invitando a imaginar nuevas formas de investigar y habitar el patrimonio.

Por su parte, *Un mural efímero* de Verónica Gerber Bicecci, se construyó como una entrevista performática entre la artista, Carmen Rivera (la interlocutora imaginaria) y el propio Diego Rivera (la figura convocada). A partir del mural *El hombre controlador del universo* (1934), la obra contrapuso dos visiones del mundo: una centrada en el dominio técnico de la naturaleza, y otra que apostó por la interdependencia ecológica. En ese cruce entre ficción, archivo y oralidad, emergió una propuesta crítica que desestabilizó la mirada monumental y lineal de la historia del arte.

Esta publicación busca extender la experiencia generada en el Museo del Palacio de Bellas Artes a nuevos públicos y formatos. Así, *Muralismo desbordado* se transforma también en una plataforma editorial, desde la cual seguir preguntando cómo reverbera el muralismo en el presente.



# UN MURAL EFÍMERO

verónica gerber bicecci



# Las raíces y los descentramientos

## Carla Faesler

Alrededor de cien personas estamos sentadas en el vestíbulo del segundo piso de Bellas Artes —siempre impresionante. A un costado, el mural de Diego Rivera, *El hombre controlador del universo*, está a punto —no lo sabemos todavía— de desaparecer en una actualidad que nos pulsa con urgencia y que latirá con fuerza —lo sentiremos más tarde— a lo largo de la cita a la que Verónica Gerber Bicecci nos ha convocado. Frente a nosotros, el amplio espacio que se abre entre la sillería de repente se transforma en un taller. O en un laboratorio, ¿o debería decir: sala de espiritismo?

Verónica tiene puesto un delantal negro. Encarna, imagino, a la asistente del estudio de una misteriosa pintora cuyo nombre, Carmen Rivera, es desconocido para la gente poco familiarizada con las historias y los chismes del arte del siglo xx mexicano, una de las etapas más emocionantes del mundo artístico universal por sus alcances no solo estéticos sino por su apasionada búsqueda del espíritu creativo del ser humano en tanto ser político y ser social, animal de justicia, protesta y sangre, arma de carne al servicio de la reivindicación cósmica, martillo que se sueña fusil entre el bien y el mal de la pesadilla moderna.

La expectativa crece. De repente, Gerber Bicecci empieza a hablar y hace su magia: del empuje creativo de su inteligencia salen espectros. Aparecen, representados por personas del público que se ofrecen, Diego Rivera primero, Carmen Rivera después. Y hablan, sí, invitados a comentar ciertas reflexiones que la artista va sacando de su caja de herramientas mediúnicas. Poco a poco, lxs presentes, nos convertimos en detectives invitadxs a resolver, de la mano de Verónica, un caso artístico histórico que debe ser examinado, en sus propios términos sí, y a la luz, también, de las circunstancias que la actualidad nos urge a solventar. ¿Cómo? Sucede que el gran mura-

lista está frente a una reflexión profunda sobre sus temas: el antropocentrismo y sus mandatos de violencia y explotación de la naturaleza. El extraordinario pintor está en presencia de una conciencia social más amplia con respecto a la tecnología y la lógica del trabajo, y sobre el individualismo y la colectividad. ¿Qué está pasando? El mural está siendo metapolitizado por Gerber Bicecci, es decir, repensado con los mecanismos propios del ideal que lo inspiró. Su legado está siendo reinterpretado a la luz de aspectos teóricos crecidos, con el tiempo, en el mismo suelo que lo nutrió. Todo esto avanza con un telón de fondo: la destrucción del mural “original” en Estados Unidos por razones ideológicas y su recreación en la Ciudad de México. La carga política de los acontecimientos que reflejan la lucha en el campo del arte entre ideales opuestos: capitalismo vs socialismo, no deja de parecernos actual, aunque los comentarios irónicos de Verónica nos revelen que su pomposidad y grandilocuencia son un peso que colma a esa lucha de una cierta banalidad. Y la vacía. Casi.

Por su parte, Carmen Rivera, aka Frida Kahlo, el *alter ego* nacido en una fiesta como un *happening* y que protagoniza con su firma uno de los cuadros más importantes de Kahlo: *Autorretrato en la frontera entre México y Estados Unidos* —responde también a las pesquisas de Verónica. Hay que decir que, en este ejercicio, Gerber Bicecci piensa en Carmen Rivera como “una pintora fantástica”, decisión que nos evoca lo especulativo como forma de tratamiento de lo posible ‘posible’ en el presente, desde el pasado y el hoy. Mientras responde, Carmen Rivera inunda de fresca el lugar. Su habla coloquial es traviesa, y sus intervenciones son burlonas y sarcásticas. Crítica, por ejemplo, a los “ricachones” de “gringolandia”, que son aburridísimos, apuntando que los aguanta solo porque le compran cuadros. En concreto, Gerber Bicecci va soltando comentarios que propician respuestas interesantísimas sobre cómo, el famoso cuadro de Kahlo, *Autorretrato en la frontera...* podría ser una suerte de respuesta o glosa al mural de Diego, su cónyuge. Por momentos la “plática” entre las dos artistas se torna seria, hablan de indigenismo, de extractivismo, y desembocan en el aborto que tuvo Carmen en EUA, sobre el que realizó una litografía que nos muestra la profundidad de su pensamiento.

La pieza performática avanza y de repente se activa como si fuera “un día en el taller”, pensé, cuando ambas van seleccionando elementos de las dos obras, el óleo y la litografía, para armar, paso a paso, el mural efímero que Gerber Bicecci propone construir. El pretexto es el anhelo que Kahlo tuvo de hacer un mural y que nunca realizó. Lo que decidió Verónica fue retomar las formas orgánicas y maquiéscas que pueblan esas dos piezas, cosas que están alrededor, digamos, de los elementos centrales de las obras. Así, vemos cómo unas semillas, unas hojas, lombrices, raíces y tubérculos —que son un conjunto de seres nacidos de la sangre, de la tierra, del dolor y

la alegría de Kahló— van habitando un gran lienzo que ocupa el lado norte del lugar, justo frente al mural de Diego y que estaba ahí desde el principio, vacío, listo para albergar la nueva obra.

Durante toda la ejecución de la “entrevista”, la música de Misha Marks nos envuelve con su como en una atmósfera que siento indefinible. Se escuchan tonos muy graves o agudos y chillantes, como lamentos, como voces industriales o burbujeos de cañerías monumentales. En mi mente no puedo separar los cuerpos de los participantes de los sonidos que logra Marks, tan humanos, tan orgánicos, tan aparatosos, de aparato, quiero decir.

Mientras se desarrolla el acto, la lucidez de Verónica nos recuerda, con varios giros argumentativos, cómo todos estos elementos naturales que están reuniendo son una idea de la vida, la reciprocidad, el cuidado y la conciencia, por lo que este mural efímero se convierte en una inteligente mirada sobre las fallas y faltantes, diría yo, del mundo de principios del siglo xx del que proviene, sí, y desde el cual ahora se alza con fuerza como réplica rotunda que ya estaba ahí, en la mente y el corazón de Carmen Rivera y que solo había que recordar. Como le dice Gerber Bicecci a la pintora —palabras que recupero ahora del podcast que aloja en su página: “Yo creo que lo que el óleo y esta litografía nos dicen es que la vida, a largo plazo, solo es posible desde la reciprocidad, desde la corresponsabilidad entre lo que consumimos y lo que devolvemos a la tierra [...] por eso en el boceto de tu mural el ser humano va a ser solo un elemento más y no el centro de todo, ¿cierto?”. A lo que responde Carmen: “Descentrar y enraizar, ese es el punto de partida”. Y luego añade: “Nunca, nunca, fui el centro del mundo, aquí solamente seré fragmentos en un ambiente más grande en el que el sentido, dado por los humanos, se tambalea por un momento. O eso espero, al menos”. Mientras todo esto sucede, la música va y viene, es otro personaje, es otro elemento de la nueva obra.

Hacia el final de la sesión, Verónica, en asistente de estudio, va colocando los recortes de los elementos de las dos piezas de Carmen Rivera que han escogido para plasmar la reflexión que han estado construyendo en su diálogo. Así, va componiendo un panel todo negro con siluetas en papel kraft de bichos, plantas, células, etc..., como ya dije. Parece una fotografía de microscopio, parece una toma bajo la tierra. Una galaxia de cosas que simbolizan la vida, su reproducción, su descomposición, su regeneración. El papel kraft, hay que notar, es el papel más ecológico: está hecho con desperdicios de otros papeles y no tiene blanqueadores. Además, es un papel de trabajo, para bocetos, sin pretensiones, digamos. Esto, pienso, suma a la propuesta de la obra de Verónica. Lo que vemos, al final, es una composición en negro y café kraft, sin colores llamativos, como un acercamiento bruto a lo que significan, un llamado a concentrarnos en lo que son, porque sin color, nuestra mente no se distrae. No sé, así.

Al terminar, salimos del recinto luego de observar detenidamente el resultado: ese mural efímero que vivirá en nuestra memoria. Salgo del Palacio de Bellas Artes pensando en la importancia de darnos un tiempo para cubrir a los ídolos con una sábana antes de irnos de la enorme casa de la historia del arte y las ideas. O mejor no, mejor dejar que el tiempo los cubra de polvo hasta que queden casi irreconocibles, con otras formas hechas por el desgaste y las partículas sólidas que los irán cubriendo. Pero sí, hay que salir de ahí, de la gigantesca casa, con lo puesto, con solo lo necesario, tal vez, pienso mientras camino. Hay que destruir el altar de las reverencias o al menos ignorarlo desde ahora. El mural de Diego ya es, para mí, más que una gran obra, un punto de partida para hacerme un rumbo, un posible rumbo que Carmen y Verónica me han sugerido.

Pienso en todas las ocasiones en que Gerber Bicecci nos ha propuesto otras maneras de leer piezas artísticas, como la de Dávila o la de Tablada, por ejemplo. Su indagación artística sobre “hechos estéticos” a la luz de una propuesta creativa que quiere ser parte del futuro, crearlo de alguna manera, o sea, hacer que exista, me impresiona. No se distrae con aspavientos ni alarmas apocalípticas porque sabe que éstas son una estrategia macabra del necrocapitalismo para hacernos creer que, sin él, o después de él, no hay nada. Al contrario, con esta invención del mural efímero de Carmen Rivera, Verónica me ha hecho saber que la idea semilla del futuro posible ya estaba plantada, y que solo había que remover la tierra, regarla con el agua de la imaginación, para que aparezca en la historia del arte que siempre se ha trasminado a la vida social, económica y política. Ahí está ya, entonces, en mi mente, el gran panel en negro y papel kraft de las raíces y los descentramientos, ya está también documentado en diferentes archivos.

Siempre he pensado que el arte construye el mundo que nos merecemos como humanos. Aquí, con Verónica y Carmen, ese mundo sería un universo horizontal, desjerarquizado, de seres que respiran en todos los niveles cósmicos y terrenales a un mismo tiempo. Me subo al taxi para regresar a mi casa. Voy en una nave de lodo y de lombrices, del brazo de una pintora intensa y divertida, al lado de una artista pensadora de las cosas que vendrán y de cómo podrían realizarse. Alrededor nos vuelan pirámides, semillas, ídolos prehispanicos, células, tubos y plantas.



**TRANSPOSICIONES**  
**JULIETA GIL**





